

Los Muchachos: *Invitación a Ixcotel: La vida en una cárcel mexicana*¹, De Clemente Angeles

Sinopsis: Estudio etnográfico de decenas de hombres de comunidades y orígenes indígenas, describiendo su cotidianidad y sus estrategias para vivir, convivir y sobrevivir en las condiciones del penal estatal de Ixcotel² en Oaxaca, el estado con más diversidad étnica de México. Aunque no fue una cárcel exclusiva para la población indígena, la dinámica demografía del estado explica la alta presencia de personas indígenas que formaban parte de la comunidad de Ixcotel. Durante 13 años, los internos participantes trabajaron dentro del grupo de investigación fungiendo como etnógrafos colaboradores y productores de conocimiento. El libro contiene una profusión de imágenes líricas de sentimientos, sufrimientos, esperanzas y frustraciones, historias pasadas, experiencias presentes y deseos futuros. Las narrativas del libro se enriquecen con el arte (dibujos y fotografías) producido durante el estudio etnográfico.

.....

A partir del 2007 inicié una serie de proyectos de investigación etnográfica en la cárcel estatal de Oaxaca. Uno de esos proyectos, el Seminario de Escritura Creativa (que después se volvió el Seminario de Investigación Colaborativa), nació de la petición de que yo les enseñara a escribir. Durante los 13 años (2007-2020) que duró el seminario quincenal, este cambió mucho. Algunos internos fueron constantes durante todo el proyecto. Otros iban y venían debido a sus otras actividades (trabajo, visitas, partidos de básquet, etcétera), o a su permanencia en Ixcotel (la obtención de la libertad o el traslado a otros penales, por ejemplo).

El curso resultó en un espacio de diálogo y negociación constante. Por medio de la colaboración, los participantes se convirtieron en co-investigadores, haciendo observaciones de escenas, entrevistas a personas, y registros de situaciones y lugares del reclusorio en donde yo no podía entrar. Juntos determinamos la razón de ser del libro: una invitación para conocer la cárcel, sus habitantes y las formas de vivir, convivir y sobrevivir en ese microcosmos de encierro forzoso. El libro debía ser una invitación para entrar a Ixcotel. Y, “*quién sabe*”, opinó Esteban,

¹ Texto elaborado en base al libro *Invitación a Ixcotel: La vida en una cárcel mexicana*, México: IWGIA, UABJO, ISBN: 978-87-93961-70-8, 349 pp. De Angeles Clemente

² El Penal de Ixcotel funcionó por 59 años y fue cerrado el 11 de octubre del 2020: “A 806 internos los llevaron a la cárcel de Tanivet, a otros 50 los encerraron en la cárcel de Miahuatlán. Los que tuvieron más suerte fueron los 50 del Siqueiros que los dejaron en el Penal de Etna porque la prensa de grabado no cabía en Tanivet” [Joel].

“hasta podría tener resultados más allá de la mera información”.

El libro se escribió gracias a los diversos e invaluable saberes de los coautores: Andrés, ex comerciante y ahora artista grabador, maestro y promotor de arte (ya liberado, logró abrir un taller de grabado en el penal de Querétaro); Bernardo, profesor zapoteco y etnógrafo nato, promotor y facilitador del seminario, nunca faltó a ninguna de las sesiones, (murió en 2019, meses antes de su ansiada libertad); los hermanos *Exquisito* y *Chema*, chef repostero y licenciado en relaciones internacionales respectivamente, quienes tomaban con mucha filosofía su estadía en Ixcotel; El *Chivo*, joven zapoteco y rapero innato, quien recorrió todo el país “*pa’ llegar al Norte*” (EE.UU.) y ser deportado años después; Esteban, profesor zapoteco de bachillerato y crítico de corazón, devorador y defensor de los libros de la biblioteca de Ixcotel; Calixto, campesino mixe que consumía cuaderno tras cuaderno para reflexionar sobre sí mismo y sobre su hacer y quehacer en Ixcotel; Genaro, hierbero y huesero zapoteco que perdió la habilidad de escribir y leer por un golpe en la cabeza, quien solo faltaba al curso por una sobada urgente; Joel, campesino zapoteco, callado e introspectivo, un gran escucha de las reflexiones de los demás; Sol, profesora de madre mixteca y papá zapoteca, encantada de escribir sobre sus vivencias y esperanzas; Vidal, artista plástico zapoteco de la Sierra Sur y formador de artistas internos; Jaime, profesor mazateco, preso político y protector de árboles y de culturas originarias; Alfonso, campesino zapoteco de la Sierra Norte y preso político, defensor de derechos humanos y de la tierra... entre muchos otros.

Invitación a Ixcotel está organizado en tres ejes principales: Identidad, Cotidianidad y Otridad. En el primer eje se presentan los retratos etnográficos de los participantes de este proyecto colaborativo. Los autores relatan sus ires y venires. Algunos hablan de sus orígenes étnicos, de sus antecedentes familiares y descendientes, mientras que otros se enfocan a sus pasadas alegrías y tristezas y a la lucha constante en un contexto en donde “*no ser gente de razón*” equivale a crecer en la pobreza y ser foco de discriminación constante.

El eje de Cotidianidad se refiere a la descripción de la manera en que los hábitos, aprendidos en sus familias y comunidades antes del confinamiento, se tuvieron que adaptar a las condiciones físicas y sociales que se vivían todos los días en Ixcotel. También se describen los lugares y los

momentos, sus vivencias y convivencias; una etnografía de la vida en Ixcotel de acuerdo con las diferentes experiencias y puntos de vista de los narradores y sus entrevistados.

El último eje es la descripción del Otro, el cual se definió a partir de lo que los Muchachos *no* eran. Este capítulo habla de la diferencia, describiendo a los personas y situaciones con las que ellos no se identificaban pues les eran distantes y extrañas; se captan esos personajes singulares (no necesariamente negativos) y esas historias inverosímiles que se alejaban considerablemente de la vida cotidiana de los Muchachos. Las vivencias personales, los testimonios de compañeros internos, o las leyendas y tradiciones caneras* eran esa diferencia que vivían todos los días, de la que hablaban, la que atestiguaban, pero que estaban muy conscientes de que no era de ellos.

El final del libro reflexiona sobre la función de los Muchachos como colaboradores y etnógrafos. También se hace un recuento de un tema que fue recurrente a lo largo de todo el libro: el cuerpo encerrado y castigado. Estas reflexiones se conectan con el contexto histórico que provoca la colonialidad y la geopolítica del conocimiento, dos conceptos que me ayudaron a reflexionar sobre la realidad de Ixcotel, y cómo la vivieron los Muchachos, consciente o inconscientemente.

Oaxaca rica y pobre a la vez

México tiene 127 millones de habitantes, de los cuales casi 4 millones viven en Oaxaca, donde conviven 16 grupos étnicos; más de un tercio de la población habla una lengua originaria diferente al español. Cada uno de estos grupos tiene sus formas particulares de organización, que se conocen como *usos y costumbres*,³ y otras formas culturales que responden a la región donde viven y a su forma particular de interpretar el mundo.

Hernández Castillo (2016) usa el concepto *indígena* para la comunidad imaginaria que engloba los pueblos oprimidos del mundo. Jaime, Alfonso y Esteban fueron tres de los Muchachos que, conscientes de las luchas de los pueblos originarios en el mundo, se describieron a sí mismos como indígenas. Sin embargo, como construcción ideológica, el término indígena, al igual que el concepto de mexicanidad, ha sido impuesto desde afuera sin

³ Sistemas de normas colectivas que coexisten con el sistema de gobierno nacional (SIPAZ, 2024).

importar las connotaciones históricas y socioculturales que implica. “*¡Yo no soy mexicano, soy del Istmo!*”, rebatió un joven interno a su maestro de inglés que le explicaba que “el Istmo está en México, por lo tanto, eres mexicano”. Muchos internos daban una respuesta negativa a “¿Es usted indígena?”. Esta reacción podría obedecer a diversas razones: resistencia contra la imposición hegemónica; la protección contra la estigmatización; o la vaga esperanza de igualdad y justicia al ser incluido, sin una etiqueta, con los demás habitantes de este país. Muy pocos de los internos se definieron como indígenas. Su forma de presentarse fue mencionar su origen étnico y cultural (“*Soy mixe*”), pueblo natal (“*Soy de Lachatao*”), ocupación (“*Soy campesino*”), región geográfica (“*Soy de la Sierra*”), o no pertenencia (“*Soy de Puebla*”). Estas afirmaciones de identidad, principalmente la última que implica ‘no ser de Oaxaca’, también responden a la adaptación que tuvieron que llevar a cabo de acuerdo con las circunstancias de alejamiento (físico y emocional) de sus propias culturas.

Así, no solamente los antecedentes étnicos, sino también edad, clase social, sexualidad y otros, hacían de la población de Ixcotel una comunidad heterogénea que compartía además de los espacios, servicios y organización, también las carencias, vejaciones e injusticias de la vida en el encierro forzoso. Y todos también fueron adaptando sus identidades para encontrar formas de habitar esa cárcel mexicana.

Cabe mencionar que Oaxaca es notorio por su pobreza extrema y sus conflictos sociales: uno de los tres estados con la más alta marginación; el tercero del país en analfabetismo (13%); y más de la mitad de la población sin completar su educación básica. La pobreza hace que los niños trabajen en lugar de estudiar, además de que no hay suficiente infraestructura educativa (docentes, aulas, mobiliario, libros, servicios básicos). En Oaxaca hay un médico por cada mil habitantes, un especialista por cada 2, 200 personas y más de la mitad sufriendo inseguridad alimentaria.

Los problemas agrarios⁴ y la pobreza originan el abandono de sus territorios (150 mil emigran al año al norte de México o a EE. UU.). Los indígenas que migran al extranjero

⁴ Hay 656 conflictos agrarios y 53 son “focos rojos” (fuerte riesgo de convertirse en enfrentamientos armados). Es alto el índice de muertos, heridos, desplazados y encarcelados por conflictos agrarios (SIPAZ 2024).

necesitan considerables recursos económicos para cruzar la frontera.⁵ Migran porque quieren sacar a sus familias de la pobreza: “*En cuanto conseguimos trabajo ‘del otro lado’, empezamos a mandar dinero a la familia*”⁶ [Alfonso]. También migran porque están huyendo de un conflicto, porque han sido expulsados de sus tierras, o porque huyen de un castigo legal. “*El problema es que muchos de nuestros pueblos se han quedado sin hombres para trabajar la tierra, o para defenderla de los que nos la quieren quitar*” [Narciso]. Los problemas agrarios también han originado la organización armada y, por la falta de apoyos y la creciente pobreza, muchos campesinos participan en el cultivo ilegal de drogas.⁷ La delincuencia organizada también ha permeado en Oaxaca con cárteles de droga y demás delincuentes que se dedican a la extorsión y al secuestro.

Los problemas políticos y sociales de otros países también afectan a Oaxaca directa o indirectamente, como el consumo de drogas en Estados Unidos, el tráfico ilegal de armas al país, las marchas migratorias desde Centroamérica, el terrorismo y las guerras. Dentro de este cuadro de violencia y pobreza, la prisión en México⁸ tiene el objetivo de “lograr la reinserción del sentenciado a la sociedad y procurar que no vuelva a delinquir”.

Una sesión en el seminario quincenal

En el seminario cualquier tema era bueno para se sintieran con ganas de participar. Un día, nos pusimos a hablar sobre el seminario mismo. Para Chema “*todo estaba bien. Estaba chido*”; los temas le hacían recordar sus clases universitarias. También comentó que le gustaría que hubiera más compañeros en el seminario. Yo les recordé que ellos eran los que invitaban a sus

⁵ Los migrantes y sus familias recurren a ‘coyotes’, o ‘polleros’, que cobran desde 40 hasta 200 mil pesos por persona. El corredor de migración entre México y Estados Unidos es el más grande del mundo. La CNDH denuncia la diaria violencia contra migrantes en forma de extorsiones, discriminación, golpes, violencia sexual, secuestro y homicidio a manos de bandas criminales (SIPAZ 2024).

⁶ Las remesas para Oaxaca son la tercera fuente de ingresos después del turismo y el café. SIPAZ (2024).

⁷ La creciente producción de amapola y marihuana en la zona Sierra ubica a Oaxaca como uno de los estados de mayor aumento del narcotráfico en México en la última década, con el añadido de que Oaxaca es estado de tránsito hacia el centro-norte de México y EE.UU. (SIPAZ, 2024).

En México existen 322 centros penitenciarios: 19 federales, 251 estatales y 52 centros de especialización de tratamiento o internamiento de adolescentes. En el 2022 había un total de 220 mil 419 internos. INEGI (2022). El Centro de Reinserción en Santa María Ixcotel, tenía una capacidad de 850 PPL,⁸ aunque al momento del cierre había 906 hombres reclusos, más otros 100 que ya habían sido trasladados con anterioridad.

compañeros. “*¡Sería más rico*”, continuó Chema, “*algún día yo les voy a poner a desarrollar los mismos temas a mis hijos! Me gusta el cariz sociológico que toma el seminario, aunque a veces, hago la del Tigre de Bengala, o sea, ¡no dejo de hablar!*” Todos se rieron. Qué bueno que no vino el Tigre, pensé. Bernardo opinó “*hay que invitar, pero con cuidado para que no haya orejas* ni cabras* en el grupo*”. Todos estuvieron de acuerdo. Hugo expresó que se autocensuraban y no hablaban de muchos temas: “*Hay algunos temas que no se pueden tratar abiertamente, con toda la población*”. “*Por ejemplo, los suicidios asistidos*”, intervino Vidal.

Yo abordé la cuestión de género. “¿No vienen aquí sólo para aprovechar la socialización con una mujer?”, les pregunté. Esteban respondió: “*el investigador tiene que echar mano de todos los recursos que tiene para sacar la información... A veces me pongo a pensar que si no perteneces a la mafia del poder y solo vienes a sacar información. Descubrir los hilos y quien los mueve aquí*”. No contesté. Sólo me reí. De repente me di cuenta de que en los últimos años ixcoteleanos, eran pocas las mujeres que entraban. ¡Afortunados los que tenían visita femenina!⁹

Andrés comentó: “*Me gusta el contenido, pero también disfruto la presencia de una mujer*”. No se me ocurrió otra cosa que volver a mencionar al Tigre: “Al contrario del Tigre, que viene sólo cuando Mark asiste... porque Mark es hombre, y alto, y gringo”. Algunos festejaron mi broma. Seguí insistiendo: “¿Qué piensan los demás internos sobre mi presencia en el penal?” Algunos comentaron que en el Patio se decía que Bernardo era mi novio. “¡Claro, como me recibe en la entrada todas las veces que vengo!”, respondí, buscando una razón a esa creencia. “*Pero también piensan que nosotros asistimos a tu clase sólo porque eres mujer*”, continuó Andrés.

Los comentarios empezaron a llover: “*Dicen que hay mujeres que visitan el penal porque aquí hay muchos hombres*”; “*Varias mujeres que trabajan para la administración les gusta entrar al Interior*”; “*Aquí las ven los hombres*”. Sin pensarlo, les dije: “Los internos están cautivos y en esas condiciones se vuelven vulnerables y necesitados”. Nadie comentó mi intervención. Después de unos instantes, que se me hicieron eternos, Esteban rompió el silencio: “*Yo sé que allá afuera las hermanas de la Caridad les aconsejan a las mujeres que andan buscando hombre que vengan al penal. ‘Ve y consigue’, les dicen*”. Chema añadió una pregunta

⁹ A partir de 2015, las mujeres internas de Ixcotel fueron trasladadas al Penal Femenil de Tanivet.

retórica: “¿Pero qué mujer va a querer encontrar pareja en la cárcel?” Exquisito expresó estar de acuerdo:

“Hay por lo menos cinco pasos antes: buscar novio en el trabajo, en el grupo social, en la colonia, en la escuela y en el internet. Pero aquí la ventaja para las mujeres es que cualquiera los vuelve locos. Cuando están viendo la tele los oyes gritando: ‘¡Mamacita!’ ‘¡Biscocho!’ Y no les importa más que una cosa: ‘Güey, con que tenga vagina ¡ya chingue!’ Y luego ves que aquí, a la esposa y los tres hijos los tienen trabajando todo el día haciendo bolsas”.

En la siguiente sesión les compartí mi reflexión: “Quiero pedir disculpas a todos los que estuvieron hace dos semanas en el seminario. Durante nuestra discusión me referí a los internos como hombres vulnerables, necesitados de cariño y deseosos de mujeres. Me equivoqué al decirlo. Es terrible hacer ese tipo de generalizaciones, lo sé... siempre he considerado que ustedes, los que asisten al seminario, son diferentes a los de afuera, los del Patio, a los de las Celdas.

También quiero aclarar que no estoy discriminando. No soy yo quien decide quién asiste y quién deja de asistir al seminario. Ustedes deciden por sí mismos venir aquí. Por eso pienso que son diferentes... Una disculpa otra vez. Para nada creo que ustedes son presa fácil de las mujeres que vienen a buscar pareja aquí adentro. Y como sucedía allá afuera, no en el Patio, sino afuera-afuera, siempre tendrán la opción de decidir si aceptan o no la propuesta de una mujer.

Por otro lado, ya se los he expresado muchas veces: no creo que por estar aquí adentro sus intereses sentimentales y sexuales deban pasarse por alto. Estamos luchando contra esa percepción errónea de la sociedad. Ustedes (no sé de los internos que están allá afuera), ustedes, son hombres que merecen todo mi respeto y admiración”.

Así eran las sesiones de cada dos jueves. Un tema nos llevaba a otro y la discusión conjunta nos invitaba también a hablar de manera personal. Eso propiciaba el conocimiento y la reflexión sobre nosotros mismos y sobre los demás que participaban en el seminario.

Genaro

Genaro le platicó su vida a Bernardo, quien la transcribió para que la pudiéramos conocer:

“Soy Genaro Ogarrío Pacheco. Nací en un pueblo del municipio de Ejutla [en donde] me dediqué a trabajar en el palenque y el campo. Procreé seis hijos, 4 mujeres y 2 hombres. Todos casados.

Sólo tengo estudios de primero de primaria porque mis papás no me mandaron a la escuela, sino a cuidar 300 chivos, entre mi hermano y yo. De joven fui a una escuela [para] aprender al lado de los ‘chamanes’. Sólo aguanté dos años de los siete que son los del grado de estudios. El zafarrancho del que me acusaban sucedió hace 35 años cuando viví en Ocotlán. Me acusaron de cinco asesinatos que no cometí. No conozco a esas personas. Dicen que fue un político.

Estando en libertad, fui asaltado y me quitaron una camioneta... El golpe que recibí en la cabeza... me provocó algunas incapacidades. Algunas ya las resolví, pero no puedo escribir todavía [y] perdí gran parte de la memoria. Me ha dado mucho trabajo poder recordar lo que había aprendido. Cuando me visitaban mis hijas en esta cárcel, los malillas... ‘me decían suegro’, y yo los tomé como unos locos y me causaban risa, porque si me enojaba, más se burlaban.

Desde que estaba allá afuera me he dedicado a ‘asobar’, a arreglar las fracturas, las luxaciones. Aquí soy huesero para ganar unos cuantos pesos para conseguir algo de comida. Sé cómo se curan los dolores de cabeza, las manchas blancas que salen en la cara, las negras y las rojas también... Conozco hongos rete nombrados que sirven para curar muchas cosas... Sé de hierbas y sus propiedades curativas... El jugo del Hueledenoche, las Dos-Mañas, las Tres-Manos, que son las meras meras, que curan muchas cosas. Y las Hembras-machos, se las recomiendo para que regresen a su estado normal. Es bueno comer testículos y miembro de chivo asado, pero sin propasarse porque puede ser contraproducente; aclaro: el ‘auténtico chivo’. Aquí adentro tengo varios clientes. Chavos que se tronchan el pie por jugar básquet, o los dolores de riñón de tanto coser balón. También vienen de afuera para que yo los cure. Na’ más para terminar, quiero decir que es desesperante estar encarcelado, máxime si no cometiste lo que la autoridad te señala, porque no investigan bien, sólo lo hacen por poner a alguien en la cárcel y culparlo”.

El Patio de Ixcotel y su población

Era irónico pensar que vivir en el Patio¹⁰, como interno de un penal, era un privilegio. Sin embargo, ocupar un espacio en el Patio significaba tener la posibilidad de correr, estudiar, practicar algún deporte, salir del tedio gracias al movimiento constante en las tienditas, el mercadito, los hamaqueros, peluqueros, sastres y cesteros, y el taller de carpintería, siempre

¹⁰ Patio y Celdas eran las dos grandes áreas que servían para clasificar a los internos. En el primero se destinaba para la mayoría más “gobernable”, mientras que en las Celdas vivían los internos más rebeldes, además de los que sufrían de adicciones.

haciendo ruido. Llamaba la atención ver a la gente entrar y salir de la iglesia católica y de los templos protestantes. Y regados por todos lados, sentados en bancos, cajones o cubetas, se veía a los cosedores de balón y a los tejedores de bolsas trabajando incesantemente en los dos oficios más comunes de Ixcotel.

Silvano, masajista y budista vegano, fue encarcelado por una riña, “*en la que no participé*”. Por sus tatuajes y su pelo largo, lo mandaron a la Celda 19 después de sus tres días en la Preventiva. Silvano estuvo varios meses recluido antes de que pudiera pagar la fianza para salir libre. Así veía Silvano el Patio de Ixcotel:

“... Entrar al Patio es un descanso descarado. Después de estar entre la vida embrionaria y cristalizada de las celdas, en el Patio se convive con otra gama de homo erectus: cholos, padrinos, viejos caneros, asesinos y traficantes, juniors descarriados. Entre ellos, es difícil identificar a las víctimas y a los mártires. Todos cohabitan entre diferentes formas de ignorancia e inseguridad. El buen humor es forzado. Se esfuerzan por ser graciosos, ingeniosos, críticos y metiches. Aquí sí está lo mejor de lo mejor. Con todo, a los que no quieren participar en el montón, se les respeta.

Sofisticados aromas flotan en el aire. Paco Raban y Pierre Cardin estarían orgullosos de haber llegado aquí, donde los grandes defraudadores viven más seguros que afuera... Los nuevos ricos... conviven finalmente con los del pueblo, entre bromas mordaces y crueles críticas que no respetan ni edad ni género, ni mucho menos etnia.

México es uno de los países con más grupos étnicos. Por eso, en Ixcotel encuentras fácilmente seres primitivos que están encarcelados por su ignorancia o por su inocencia. También están los que desconocen por completo lo que es cultura, educación, cortesía, leyes, folclor. No entienden el menor significado de estar aquí. No sufren, no rien, no critican, no juzgan. Parecen ser parte del paisaje y nada más. Ellos son los más vulnerables a las burlas y a los abusos de los egresados de la universidad de la vida. También están los hombres Negros, zopilotes, alcahuetes, guardias ciegos... Por eso es inevitable que se corrompan y hasta se pudran al mezclarse ideológica y físicamente con la población interna. También los hay mayates*, y los que se echan un Kama Sutra rapidito con alguna criatura del departamento femenil. Y eso también es poder...*

...El brillo muerto de los ojos de los presos los delata. El mundo feliz... es una mentira, como es mentira estar libres próximamente, aunque hayas violado y matado a veinte. Mucha gente habla otras lenguas. Parecen separatistas honestos. No les interesa el latín vulgar, o sea, el castellano. No les interesa lo que hacen los ladinos ni sus mujeres. Tampoco lloran ni rien; no dan muestras de afecto. No creen en un dios todopoderoso, ni en el Sol ni el Trueno. Su vida parece vegetativa, maquinal. No tienen fe ni esperanza. Parecen ser los síndromes que un día

bajaron de unas carabelas, enfermos e impregnados de choquilla... El humo reptaba en el aire. Es pesado y gris... le da un color especial a esta atmósfera desolada y triste, abandonada de la mano de Dios, y apoderada por la banda de cabrones. Los hermanos evangelistas, espectadores en su templo, los que visitan sólo unas horas a la semana y después son pecadores otra vez. A esos todavía les produce temor la ira de un dios desconocido que los trajo hasta aquí sin saber por qué. “Soy inocente”, dice uno. “Soy inocente”, dice el otro. Y solo entre ellos se comprenden”.*

Pregunté a los Muchachos ¿Cómo clasificarían a la población de Ixcotel? La respuesta más rápida fue referirse a las razones por el encarcelamiento. Según la sabiduría popular canera, la población se podía clasificar, “a ojo de buen cubero”: 50% no era culpable; del otro 50%, solo un 25% se dedicaba al delito como forma de vida; el 25% restante eran delincuentes circunstanciales, culpables no reincidentes, o sea, no dedicaban su vida a delinquir.

Sobre los *supuestos delitos* por los que estaban detenidos, iban desde el robo simple o el fraude, hasta el secuestro, la violación y el asesinato. La frase “*supuestos delitos*” no era una afirmación de la inocencia de todos los internos, o de que habían sido acusados falsamente. Lo que querían subrayar, me explicaron, es que más de la mitad de la población estaba en proceso, y que posiblemente pasarían años antes de que se definiera su situación judicial. “¿Por qué?”, pregunté. Hablaron de un sin fin de razones técnicas, usando palabras de derecho penal desconocidas para mí. Viendo mi expresión de “no entendí nada”, me dieron una síntesis más entendible:

“La explicación más simple es que los códigos penales obsoletos y el sistema jurídico disfuncional hacen que la situación de la mayoría de los internos sea muy compleja. El anticuado sistema penal/judicial, no las leyes, sino el sistema que las administra, incompetente y burocrático, es la causa de que más de la mitad de la población no haya sido sentenciada... Algunos tienen diez años o más de encierro sin que sepan cuánto tiempo van a pasar aquí... Uno de los problemas es que estamos todos revueltos: los acusados por delitos del fuero común con los del fuero federal, y tampoco hay ninguna separación entre el tipo de delito cometido”.

Buena manera, pensé, de empezar a describir a la población de Ixcotel: “*todos revueltos*”.¹¹

¹¹ Procesados del Fuero Común [PFC]: 465 hombres, 52 mujeres; Sentenciados del Fuero Común [SFC]: 297 hombres, 15 mujeres; Procesados del Fuero Federal [PFF]: 269 hombres, 28 mujeres; Sentenciados del Fuero Federal [SFF]: 114 hombres, 10 mujeres (en 2010).

Después de varios años de visitar Ixcotel, me di cuenta de que la forma más fácil sería agruparlos a partir de características específicas, algunas observables a simple vista, otras aprendidas por la socialización entre ellos.

Por el trabajo que desempeñaban, había baloneros, bolseros, tejedores, talladores de madera, carpinteros, sastres, etcétera. Se trataba de internos que se dedicaban la mayor parte del tiempo a trabajar para generar ingresos, produciendo artículos para vender afuera. También estaban los que revendían para el consumo en el interior, y los que daban un servicio, como peluqueros y boleros. Los cocineros, talacheros* y fajineros* pertenecían al grupo que hacía trabajo para la comunidad, y los “*diablitos*”, que eran los fajineros que con diablitos vaciaban los tambos de basura y limpiaban el canal de agua sucia en el Patio. El bombero bombeaba agua para los dormitorios.

Por sus actividades de entretenimiento había *Cascareros**, *Bailarines*, *Mamers**, Jugadores de Poleana, los del Siqueiros y los del Dominó. Por su origen étnico, los más numerosos eran los triquis y los zapotecos del Istmo. Por su religión, estaban los católicos y los protestantes. De estos últimos, los cristianos eran los más numerosos. Por la edad, sólo se refirieron a los *Rucos* o de Geriatria, y por su orientación sexual, los internos homosexuales eran los *Gansos**. Un grupo aparte eran los que se dedicaban a la distribución y venta de drogas, como los *Tiradores** y los *Patrones** (de los *Tiradores*). Finalmente, por su relación con la autoridad había *Orejas**, *Borregas** y *Chivas**. Y por supuesto, los *Negros**, es decir, los guardias.

Alguien dijo que también se clasificaban cuando se formaban. Primero que nada, estaban las colas del pase de lista. Estas se integraban por módulos, y cada módulo tenía su personalidad:

“Muchos se identifican con la gente de su dormitorio no porque tengan mucha afinidad, sino simplemente por la necesidad de pertenecer; lo que resulta importante aquí, donde nos han quitado todo signo de identidad.”

Algunos internos querían estar en los dormitorios donde estaban sus compañeros de taller, sus paisanos o sus “*compas*”. Algunas minorías, por ejemplo, los *Gansos**, que eran poquitos, pedían estar en el mismo dormitorio. Además de tener más oportunidades de convivir entre ellos, estar juntos les permitía aguantar de mejor manera la discriminación que generalmente sufría este grupo.

Otra cola importante era la del rancho, donde se podía ver quién tenía más hambre (se formaba primero), quién tenía menos dinero (siempre se formaba), quién tenía preferencias gastronómicas (sólo se formaban cuando había algo que les gustaba) y quién, además de las anteriores, “tenía ganas de chingar” (los que se metían en la cola, hacían enojar a los demás e invariablemente buscaban pleito). La cola del rancho siempre conllevaba violencia verbal y, a veces, hasta física.

“No hay pérdida de tiempo más inútil que esperar en una fila que los patanes no respetan, y todo para que al final te den un pedazo de hueso o dos o tres frijoles perdidos en un agua negra.

El tamaño de la cola del rancho es síntoma de la calidad de la comida. Si es corta significa que el rancho es muy malo. Cola mediana, la comida no está tan mal, aunque sigue habiendo exceso de sal, grasa y picante. Una cola larga significa sólo una cosa: carne. Se corre la voz y la cola crece de repente. Llega hasta la iglesia. Llegan dos celadores para cuidar la fila. ‘La carne es la carne’, aunque sea carne echada a perder y la consecuente enfermedad colectiva.

‘Llegado el horario del desayuno, tomo mi bolsita negra, meto mi vaso y plato y voy a la fila de ‘autorizados dieta’, como si fuera un privilegio no formarse mucho tiempo y pasar al lado de la fila normal de miradas hambrientas. Voy pensando en un succulento desayuno; lo que obtengo son unos escasos pedazos de huevos quemados, envueltos en salsa verde, mezclados con dos cucharadas de frijoles mal cocidos, preparados, sin higiene. Recibida mi dieta, doy media vuelta, respingando por dentro. Me retiro saludando. No doy la más mínima muestra de descontento’.

La cola del rancho es una especie de violencia admisible. No bien es la hora, los presos empiezan a llegar con sus trastes en la mano. Se amontonan. Los más impacientes comienzan a presionar: ‘¡Ya es hora!’ ‘¡Abre la puerta güey!’ ‘¡Ora, mierda, ya abre!’’. El portero trata de defenderse, pero invariablemente la presión lo agobia y huye con la cola entre las patas. Los depredadores se dan cuenta y rematan: ‘¡A chingar a su madre, pinche viejo ojete!’ ‘¡Como si fuera tuya la cárcel!’’. A algunos internos les ponen peros para servirles. Si no traen el uniforme no les dan su ración. No faltan justificaciones: ‘¡Es que estaba jugando, güey! ¡Es el torneo! ¡Sírveme, no seas culero!’ Con el afán de ayudar, alguien le presta su camisola. Cuando algún preso no lleva trasto adecuado, o limpio, pide que le sirvan en el plato de otro, y luego comparten la comida. Los malandros son listillos y pueden engañar para pasar otra vez. Invariablemente le mientan la madre al que les sirve poca comida. Siempre quieren más, piden también más tortillas. La ración normal es de seis pequeñitas. Pero no se llenan. ‘¡No siempre vas a estar allí! ¡Ya verás cuando pases al Patio!’ En varias ocasiones los vándalos han golpeado a los de la cocina cuando estos últimos salen al Patio.

La fila apesta. En el suelo se ha ido haciendo una nata de las sobras que tiran los malillas. El sol la calienta y se elevan los vapores, como los de un basurero. Además, al rancho van los

más pobres, los que ni se bañan ni se cambian de ropa. Huelen a orines, a mugre, a patas enfermas, a hocicos apestosos de halitosis. ¡Y no cierran la boca! ¡Siempre parlotando y discutiendo!

No es problema cuando el rancho está jodido, la fila es corta, avanza rápido. Pero cuando está bueno, es larga, ruidosa y estresante. Los respetuosos toman su lugar al final de la fila, pero los rebeldes no respetan el orden. Buscan a un conocido y se le pegan. ‘¡A la cola! ¡A la cola!’ grita alguien. Los malillas no hacen caso. Saben que es el grito de un perro que no es bravo. Pero si la tensión aumenta se protesta en coro. Empiezan los gritos: ‘¿Eres más verga que nosotros?’, ‘¡Mierda, fórmate!’, ‘¡Fórmate, hijo de tu puta madre!’ El malilla se calienta: ‘¿Cuál es tu pedo?’ ‘¿Quieres partirte la madre?’ ‘¡Pinche puto!’ La gente se amedrenta y el malilla hace su voluntad. Algunas bestezuelas llegan a los golpes. La autoridad no puede poner orden. Deja que los presos sobrevivan como puedan. ‘Si se matan, ¡qué se maten! ¡Al fin que ni de mi familia son!’

Los presos con presencia y autoridad tratan de convencer a los malillas. Gonzalo tiene modo y está mamado. Pide con amabilidad a los malillas que se comporten en la fila. Como es grande y fuerte, se impone y la mayoría de las veces controla los abusos en la fila, pero no siempre lo logra. Y la mayoría no quiere involucrarse ni echarse más broncas. Los que se salvan de todas esas broncas son los presos que van acompañados con su visita. Es tradición que no se tienen que formar. Tienen pase directo. ¡Los jodidos somos los que nunca tenemos visita!

Los pudientes desdeñan el rancho y se alimentan muy bien comprando alimentos aquí y afuera, generalmente lo que el rancho no da: carne, pescado, leche, carnes frías, queso. ‘Dime que comes y te diré que estatus tienes en la cárcel’. Hay quienes, no siendo pudientes, trabajan mucho para darse esos lujos. También están los ‘padrino come rancho’, quienes se hacen pasar por pudientes, pero tienen que comer del rancho.’

“¿Mi huella? Una taza despostillada...”

Para los internos, las muertes en Ixcotel eran sucesos memorables. No importaba quien hubiera muerto, si había sido un interno respetable y bien conocido como Bernardo, o si era un malilla que no había aportado mucho a la comunidad canera. Un día los Muchachos comentaban la muerte de un interno. La forma en que recordaban al occiso me pareció bastante peculiar. Había estado poco tiempo encerrado, pero su breve presencia dejaba una huella en Ixcotel y, al mismo tiempo Ixcotel dejaba una huella en él, pues sería siempre recordado como “Pepe, el que murió en el 5”.

En la Cana, cuando alguien se iba de la forma que fuera, es decir, no sólo cuando se moría, sino también cuando era trasladado o cuando felizmente alcanzaba la libertad, no se iba del todo.

“El trasladado salió para no volver. Sus compañeros de cantón tomamos nota de sus pertenencias. No movimos nada. Guardamos las notas. Al día siguiente las cosas habían desaparecido. Los malillas las habían vendido ya. Lo más triste es que habían borrado su huella.¹² Pero no del todo, si la huella es lo que queda de ti cuando te vas, eso quiere decir que nunca se van a olvidar de que has estado aquí” [Esteban].

Así, Esteban dio pie para que los Muchachos hablaran de cuáles huellas se quedarían cuando ellos dejaran la Cana. Empezaron nombrando algunas de las pocas pertenencias: *“Mis regalos para los caneros serían: ... ‘un pedazo de cable’, ‘...un cuchillo hechizo’, ‘...una taza despostillada’, ‘...una botella de agua’”*. Genaro dijo: *“voy a dejar mi chamba de la basura, voy a dejar mi ropa, mis marcos, mi taza, mi sartén. Se estarán peleando por lo que dejé”*. Otros no fueron tan específicos: *“Voy a dejar lo que no traía al entrar, ¡no me quiero llevar nada de aquí!”*. Hubo varios que, en lugar de nombrar cosas materiales, hablaron de su huella en un sentido más emocional y etéreo: *“Voy a dejar buenos recuerdos”, “Voy a dejar un espacio vacío”*.

Hablar de la huella, para algunos, indicaba mencionar relaciones sociales: *voy a dejar alegría para los amigos y enemigos... los que se alegrarán de mi libertad y los que se alegrarán de mi ausencia”, “mi huella va a tener significado para la persona que se fija en mí, la que me avisa de cosas, la que me cuida, la que me da buenos ánimos”*. Al final, alguien mencionó que un interno que acababa de salir sólo había dejado deudas: *“No me pagó dos bolsas, seis asas, y dos meses de talacha”*. *“Qué mala huella!”*, alguien acertó a decir. Todos nos reímos. Sin embargo, Esteban nos quitó la sonrisa con su última intervención: *“voy a dejar mi vida, porque quizá pronto me muera...mi sentencia es muy larga. voy a dejar un letrado que diga ‘Aquí estuvo Esteban’”*

El cuerpo encerrado

¹² La intervención de Esteban y nuestra discusión posterior me hizo pensar en *La Huella del Otro*, de Emmanuel Levinas (1963).

En Ixcotel la percepción del cuerpo era bastante reflexiva. De alguna u otra manera, los Muchachos se referían al cuerpo, propio o ajeno, sucio o limpio, enfermo o sano, encerrado o libre. Al entrar al Patio, por ejemplo, la primera decisión consciente sobre el cuerpo era dónde ponerlo, o sea a dónde llevarlo cuando las reglas formales (el tache, la lista, etcétera) no les dictaban a dónde ir.

En una ocasión, esperando a que empezara un evento, estaba yo sentada en las gradas del Patio. *“A muchos nos falta darle gusto al cuerpo...”* oí que se quejaba un interno. *“A mí tampoco me visita mi mujer”*, le comentó el compañero con quien platicaba. Les pregunté a los Muchachos en el seminario. Esteban comentó:

“Como en la mayoría de las otras cárceles estatales y federales en México, a los reclusos de Ixcotel se nos permiten visitas conyugales. En el pasado también se permitían visitas a largo plazo por parte de familiares directos... Alguna vez también hubo mujeres... no pasaban de 120...”

“¡Era otra cosa con las muchachas aquí!”, comentó Cecilio con un dejo de nostalgia. *“¡Pero las expresiones sexuales no faltan aquí, Angeles! ¡No te quedes con la idea de que aquí no pasa nada!”*, dijo Vidal. *“Están ‘los ‘voyeristas’”*, intervino Bernardo:

“Para ellos observar es casi un placer sexual, pues es la única forma de tener un nexo con el sexo opuesto. Parecen toros de potrero que ven una vaca. Levantan la cabeza husmeando con los ojos brillosos y las orejas tensas al percibir la feromona de las susodichas”.

“Eso mismo pasa con el desfile femenino matutino”, comentó Andrés. Ese fenómeno se presentaba todas las mañanas, cuando las mujeres que trabajaban en la administración del penal —es decir, secretarias, enfermeras, doctora, psicóloga, etcétera— se ponían de acuerdo para entrar juntas al Patio. Lo que para ellas era una forma de solidaridad y apoyo al entrar juntas a un lugar inhóspito, para los internos se volvió un espectáculo que había que disfrutar.

Según algunos, ellas lo hacían a propósito: *“Es claro que ellas quieren ser vistas y apreciadas por los internos”*. Lo cierto es que el desfile de mujeres se había convertido en el *“show matutino”* que se podía apreciar desde cualquier parte del Patio, aunque los conocedores aseguraban que las bancas cerca de la entrada eran de *“primera fila”*. La mayoría se limitaba a

evaluar visualmente los cuerpos femeninos en escena, aunque uno que otro, cubierto en el anonimato, podía lanzar un grito de apreciación o crítica, según su muy particular evaluación.

Lo más interesante era que, en Ixcotel, la apreciación abierta y explícita de los internos hacía las mujeres que entraban al Patio, sólo se presentaba en esa situación particular, pues la presencia de otras mujeres, en las que me puedo incluir yo misma, siempre fue tratada con la mayor consideración y amabilidad por parte de los internos. El respeto a la visita femenina era sagrado en Ixcotel. Era la regla número uno para evitar problemas entre internos.

Sin embargo, en ocasiones se daban situaciones en que la visita se podía convertir en algo más. Esta fue, en realidad, la historia de Natán, quien conoció a su esposa en prisión. Ella acompañaba a su hermana a visitar al esposo, quien era un interno, amigo de Natán. En los primeros años de su encierro injusto, Natán conoció a su esposa. En Ixcotel se casaron y después nacieron sus tres hijos. Cuando Natán salió libre, después de 17 años, su hija mayor tenía 15.

A las mujeres se las extrañaba en Ixcotel. Las conversaciones hablaban de ellas. Los artistas las representaban. Los que las veían en la televisión las celebraban: “*¡Guau, guau, guau! ¡Mamacita!*”, gritan algunos en mi dormitorio cuando sale una mujer sensual en la televisión. *Con cualquier cosa se alborotan*” [Exquisito]. Obviamente, “*la actividad sexual dentro de los dormitorios era más frecuente cuando todavía existía el Departamento Femenil*”. Con esta entrada, los Muchachos me contaron que en esos tiempos las cosas eran más fáciles. Había parejas que aprovechaban cualquier hora del día para escabullirse a la piedra del novio por un ratito, después de que los compañeros de cantón accedían al “*¡dame chance!*” para prevenir situaciones embarazosas que echaran a perder el momento romántico. También enfatizaron el hecho de que en esos tiempos había algunas reclusas que trabajaban como sexoservidoras. Como esa actividad laboral estaba prohibida dentro del penal, tenían que ser muy reservadas y cuidadosas para que ningún custodio las descubriera.

“Sus precios eran muy variables. Había mujeres malillas, es decir, drogadictas, que se conformaban con veinte, quince o hasta diez pesos. Otras cobraban más: ‘¿Vas a querer?’ , preguntaban al posible cliente. En los últimos años, la actividad sexual sólo se da entre internos homosexuales o con los internos que tienen la fortuna de tener una pareja que los visite. Y si los compañeros de cantón no quieren cooperar para el feliz encuentro de la pareja, el último recurso es la Conyugal, que hay que reservar y pagar con anticipación” [Esteban].

Tales requisitos obviamente frustraban los apetitos espontáneos de algunos. Pero también existían otros recursos, como convencer a alguna visita femenina de las “*buenas intenciones*” de algún interno. La idea era enamorarla para que accediera a tener sexo. El problema era que esas buenas intenciones muchas veces eran “*arregladas económicamente*” y con anticipación. Así, lo que las mujeres visitas pensaban que era un romántico encuentro de una relación que prometía ser duradera, sólo había sido una transacción de dinero, en donde el que pagaba convencía a la mujer de sus buenas intenciones mientras que el que cobraba debía “*trabajar*” a su visita (hermana, prima, y a veces hasta madre o hija) hablándole bien del interno con el que había negociado.

“¡Ya llego la carne!”

La homosexualidad se presentaba de diversas formas en Ixcotel, desde las expresiones verbales y el lenguaje corporal hasta la formación de parejas en relaciones tan permanentes como la vida en el penal lo permitía. Según Esteban: “*Los gays parecen estar en su paraíso. Hasta los jóvenes hetero, y también los no tan jóvenes, acostumbran a alburear y manosear a sus compañeros feminizándolos, o nomás chingándolos*”. Bernardo escribió sobre 2 internos nuevos:

En la tarde del martes, entraron al Patio los nuevos inquilinos. Entre ellos se distinguían dos homosexuales. Alex, impresionado veía las caderas amplias, la melena larga, la estatura y fuerza del cuerpo de uno de los recién llegados que caminaba como mujer. El otro, menos llamativo, era el que cargaba las bolsas de ropa de los dos ¡La reacción del Patio como nunca la había presenciado! Los internos homofóbicos se los acababan con sus chiflidos ensordecedores.

Los gritos no faltaron: ‘¡Ya llego la carne!’’, seguidos de ladridos de perro de zaguán: ‘Guau, guau, guau’. ‘¡Tráiganmelas, las quiero esta noche para cenar!’’. Uno de los recién ingresados visiblemente asustado, dijo: ‘¡¿Dios mío, que nos irán a hacer?!’ Era el miedo a lo desconocido. Al poco rato, llamaron a todos los talacheros para iniciar su servicio de barrer el Patio: ‘¡Comiencen!’’. Entre ellos se estrenaban los dos nuevos inquilinos.

Debió de ser horrible tener encima la mirada de todos los internos, y las carcajadas al ritmo del movimiento de los que barrían. Al final de la talacha, un malilla no se quedó con las ganas y le tocó las nalgas. Había hecho una apuesta con la que ganó su dosis del día... Uno de los homosexuales que había ingresado era Lupe, una activista travesti que le estaba dando mucha lata al gobierno allá afuera...Lupe y su amiga me recordaron que ser diferente es convertir lo

ordinario en extraordinario. Es estar por encima de las reglas que dictan el control de las conciencias. Es sentirse a gusto con la vida, sin imitar a nadie. Es nadar a contracorriente. Lupe y su amiga, allá afuera y acá adentro, se exponen a la crítica porque se salen de la tangente, pero también porque no caen en el juego perverso de los malvados. Se exponen con valor al rechazo, odio, trauma y resentimiento del Otro. A mí me parece que se fortalecen ante la crítica. Esa fuerza es lo que les permite dejar huella para construir un mundo mejor.”

Un problema grande para Lupe y su amiga era que no había una sección ni un dormitorio especial para los homosexuales. “Y de ninguna manera”, comentó un custodio, “las vamos a mandar con las mujeres. ¡Son hombres! ¡Que se porten como hombrecitos!”.

Conocí a Lupe y a su amiga porque asistieron dos veces al seminario. Querían contarnos su historia, hablar de su lucha. Desgraciadamente duraron poco en Ixcotel pues fueron trasladadas al CERESO de Miahuatlán. A partir de lo que nos contaron, Bernardo les dedicó un poema:

*“La Lupe... cuerpo de hombre, alma de mujer.
Gritaste tu verdad desde que entraste a la Preventiva.
Tu forma de caminar también grita al cielo quién eres.
¿Por qué los humanos no autorizan tu cambio de nombre?
Para ellos va en contra de la Constitución, es contra natura.
Desde pequeña sufres tortura psicológica.
Hablan de tu parafilia, de tu desviación sexual, de tu modo de vida diferente.
Para la sociedad es nadar contracorriente.
La sociedad homofóbica sólo acepta a los heterosexuales,
Los ve bien pues son los que abundan por doquier: su sexualidad preferida.*

*Tortura y traslado a Miahuatlán:
El macabro corte de pelo, pantalones y no falda, camisa y no blusa.
Tus tacones al bote de la basura. Descalzo y también incomunicado.
Un buen símbolo de homofobia de quienes ejecutan el poder..
Mientras el Papa Francisco descubre el ‘Lobby Gay’ del Vaticano.
Y la comunidad gay lucha en la calle por su espacio en la sociedad”.*

El cuerpo castigado¹³

En las cárceles hay muchas formas de marcar los cuerpos. El uniforme es la estrategia más usada para unificarlos, para deshacer la diferencia, para señalar al Otro que no es autoridad, al que no

¹³ Foucault (1975) resume su política económica del cuerpo (sin castigo físico) en cuatro puntos: el cuerpo y sus fuerzas, su utilidad y docilidad, su distribución y su sumisión.

somete, sino al que es sometido. Sin embargo, no es sólo el uniforme lo que marca el cuerpo del interno.

El cuerpo en Ixcotel se veía, se exponía, se cultivaba, se cansaba, se deterioraba, se moría, se cargaba muerto. El cuerpo se exhibía, vestido o desnudo, en una extensa variedad de formas y condiciones. Las acciones en que generalmente exigimos privacidad, como el baño y el excusado, en Ixcotel se llevaban a cabo frente a los demás. El único escenario que lograba más intimidad eran las relaciones sexuales, pero no por eso estaban excluidas de ser notadas, comentadas y hasta criticadas, pues su frecuencia y ocurrencia eran evidentes dentro de la comunidad.

Además de tatuados, los cuerpos eran hermoseedos, disfrazados, cicatrizados, perforados, pero también mutilados y vejados de mil maneras. Con el cuerpo también se creaban eventos, regocijándose, sufriendo, pensando, sexeando, riendo, temblando, llorando, olvidando, muriendo.

El cuerpo en Ixcotel escuchaba los sonidos en repetición: la resonancia del boquete, el timbre, el cerrar de los candados, el rechinar de las rejas, los secretos que había que callar. El cuerpo en Ixcotel se volvía extraño por la cosificación constante del encarcelador, lo que provocaba esfuerzos laboriosos de los internos para reapropiarse del cuerpo y volverlo suyo otra vez: ese cuerpo que estaba a salvo y en peligro, a salvo de la violencia de afuera, pero en constante amenaza adentro, encerrado y expuesto, encerrado para la gente de afuera, pero adentro, sumamente exhibido.

El cuerpo, y la corporeidad fueron dos temas que continuamente surgieron en los textos y discusiones de los Muchachos. En el encierro, lo corporal se hacía bastante evidente, tal vez porque los cambios que sufría el cuerpo eran demasiado visibles debido al inesperado cambio de vida, tal vez porque los miedos y temores de la cercanía con el Otro lo hacían más vulnerable. En los relatos, hasta la forma de desplazar el cuerpo fue motivo de notoriedad y otredad. Allá adentro, era bastante perceptible la forma de moverse del que caminaba rápido, con prisa y nerviosismo, o del que se desplazaba lentamente, arrastrando los pies, con las manos en los bolsillos.

Era el cuerpo el que evidenciaba la pobre calidad de la alimentación, la peligrosa cercanía de las drogas, la inminente posibilidad del castigo y del doble encierro. El desconsolado abandono del cuerpo era el aviso más claro para todos los del Patio de que no había que abandonar al cuerpo, de que el cuerpo era la propiedad más preciada entre las pocas posesiones que se les permitían allá adentro. Yo misma, al entrar a Ixcotel, me volvía más consciente de mi cuerpo, a dónde me estaba permitido dirigirlo, dónde podía ser peligroso llevarlo, cómo debía vestirlo y hasta cómo debía de moverlo para que no fuera notado.

Varios estudiosos del fenómeno social de la prisión coinciden con Michael Foucault¹⁴ en que el castigo y el encarcelamiento giran alrededor de una específica política sobre el cuerpo. En siglos pasados, los castigos a los condenados se hacían visibles. En la actualidad, el cuerpo de los condenados se esconde en las cárceles. Así, la sociedad civil sabe que existe la prisión como castigo, pero no tiene que sufrir la experiencia del castigo como espectáculo público.

Ixcotel, como todas las cárceles actuales, sirvió para esconder el cuerpo de sentenciados y no-sentenciados, para retirarlos de la vista pública.¹⁵ Por supuesto que la sociedad civil estaba enterada de los operativos y traslados, pero éstos eran interpretados como una maniobra de las autoridades para salvaguardar la integridad de la ciudadanía. Además, los operativos no se narraban como actos de violencia, sino como instancias controladas para evitarla.

Lo que tampoco se divulgaba era la violencia de todos los días, el hecho de que en Ixcotel había castigados, golpeados, torturados. Había que esconder el castigo cotidiano al cuerpo; castigo administrado por las coordinaciones internas, las que eventualmente se hacían desaparecer por medio de los operativos. Así, los operativos, como herramienta del Estado, cerraban el círculo. Violencia disfrazada de institucionalidad justificada y aprobada (por los medios de información y por la sociedad civil), violencia que terminaba con la violencia interna,

¹⁴ Haciendo referencia a Foucault (1975), Parrini (2003), en su trabajo etnográfico en el CEFERESO # 1 de la Ciudad de México, habla de un “poder disciplinario” cuyo objetivo es producir un ser humano que pudiera ser tratado como “cuerpo dócil”... la cárcel —matriz de todas las disciplinas modernas—, que inaugura ‘una materialidad completamente distinta, una física del poder completamente distinta, una manera de dominar el cuerpo de los condenados completamente distinta’” (pp. 55-57).

¹⁵ “La cárcel es una solución entre el espacio, el cuerpo y el tiempo. Distribuye los cuerpos en un espacio determinado, de modo específico y durante cierto tiempo. Asimismo, atiende las individualidades de un modo extraño: grandes instituciones que aglomeran a gran cantidad de individuos, podría decirse, a una masa”, Parrini, p. 57.

informal, no documentada, inexistente para los de afuera. Inevitablemente, en cualquiera de los dos casos, los internos eran sacudidos por ambos tipos de ensañamiento.

Además de la pérdida de la libertad y el castigo corporal, también existían otras formas de lastimar al cuerpo. Aún sin violencia física, es decir, sin tocar al cuerpo, este sufría otros maltratos y humillaciones: el racionamiento de la comida, la privación de la sexualidad, el confinamiento solitario. Al cuerpo se le encerraba castigado, se le asignaba en celdas, se le forzaba a obedecer horarios y rutinas, se le prohibía entrar a ciertas áreas, se le obligaba al trabajo precario.

En las cárceles del pasado, el trabajo se hizo presente en una especie de esclavitud de los prisioneros. En Ixcotel (como en Tanivet y en muchas otras cárceles mexicanas) existió un tipo de economía esclavizante (trabajos veladamente forzados) donde, bajo el pretexto del “trabajo como reinserción”, se provee a la industria privada de mano de obra explotada: internos-cosedores de balones sin salarios mínimos, ni jornadas de ley, ni seguridad laboral; en suma, esclavos ‘civiles’ como a la usanza en tiempos de guerra.

Además del castigo corporal y la explotación de la fuerza de trabajo, las prisiones requieren del control simbólico de los cuerpos. En el caso de Ixcotel, amén del uniforme, el homenaje de los lunes fue el mejor ejemplo de la forma de forzar al cuerpo a seguir ese ritual ideológico que no tenía otro fin que servir como instrumento emblemático para expresar el poder del sistema en el cuerpo de cada uno de los internos. El homenaje como recordatorio del control ejercido sobre ellos, una presión latente para apagar las luchas internas de los que se oponían.

Después de la prisión, cuando el encarcelamiento se acaba, mediante lo que Foucault llama la *óptica de vigilancia*, la sociedad, los de afuera, se encargan de vigilar y castigar a su manera; la prisión continúa, el cuerpo perseguido de unos por los otros. Sólo así se puede explicar el miedo de Luis Miguel de regresar su cuerpo a la prisión para visitar a su pareja o la justificada paranoia de Sol y de Natán de sentirse continuamente perseguidos aun cuando ya eran libres.

Los Muchachos como etnógrafos

Ninguno de los Muchachos tenía experiencia en investigación social, por lo cual dediqué un tiempo para hablarles sobre cómo estudiar de manera sistemática la comunidad a la que pertenecían; les expliqué que lo que básicamente estaríamos haciendo sería etnografía:

“En términos llanos”, les dije, “la etnografía es el arte y la ciencia de describir la vida social de un grupo determinado. La descripción puede ser de una pequeña comunidad étnica en una tierra lejana, como el pueblo de Calixto, o en un salón de clases de una colonia de clase media aquí en la ciudad. Para la recolección de datos, se necesita participar en la vida diaria de la gente durante un periodo largo de tiempo, observar lo que sucede, escuchar lo que se dice, hacer preguntas durante entrevistas y conversaciones casuales y recolectar documentos y artefactos.

Sin embargo, debido a mis limitaciones dentro de este contexto (aquí adentro sólo me permiten estar pocas horas y sólo en ciertas áreas)”, les expliqué, “ustedes tendrán que ser los que estudiarán su propia comunidad, haciendo uso de diferentes métodos para conseguir todo tipo de información. Ustedes se convertirían en coinvestigadores, a veces como participantes, a veces como observadores y/o entrevistadores. Serán los principales instrumentos de investigación, con todo el reconocimiento sobre sus puntos de vista y formas de entender la vida en Ixcotel y la función de sus habitantes, empezando por ustedes mismos, para después tratar de llegar a aquellos lugares y situaciones a los que difícilmente yo tengo acceso”. “*Los más difíciles son los de las celdas*”, dijo el Chivo, “*pero quién quita y hasta podremos entrevistar al Satanás*”. Todos se rieron.

La recolección de datos fue muy rica. Sus prácticas de observación y análisis eran constantes, su quehacer etnográfico fue permanente. El análisis de la información recolectada se tornó una construcción en forma de espiral. Mientras discutíamos situaciones “*comunes y corrientes*”, por ejemplo, ‘*un día en Ixcotel*’, iban surgiendo temas emergentes (¿qué relación tenía la toma de lista con cuestiones de autoridad?), que nos llevaban a la recaudación de nuevos datos, los cuales se analizaban posteriormente.

Mi mirada desde afuera me hacía preguntarles sobre situaciones que nos hacían reconstruir totalmente nuestras formas de pensar las cosas. Ese continuo cuestionamiento nos hizo que, como investigadores-participantes, creáramos la necesidad de ver lo familiar extraño. Un buen ejemplo fue la definición de Ixcotel como lugar institucional de confinamiento obligatorio. Al

reflexionar sobre lo que era Ixcotel, tuvimos necesariamente que definir lo que no era Ixcotel, y, más interesante todavía, lo que era Ixcotel que no formaba parte del sentido común de lo que se consideraba una cárcel desde la percepción de “*los de afuera*”.

Además, yo me declaraba ignorante (así me sentía yo y así aprendieron a verme los Muchachos) con relación al conocimiento que poseían ellos, antes y después, dentro y fuera de Ixcotel. Entre todos aprendimos que para generar conocimiento, era necesaria la aceptación de los saberes y la forma de pensar de los demás, desde nuestras propias posiciones y locaciones, otra vez, antes y después, adentro y afuera.

Los Muchachos como productores de conocimiento

La producción de conocimiento fue el resultado más evidente del trabajo de los Muchachos. De esta producción, yo destacaría haber documentado los caminos que se ideaban para encontrar un orden, una dinámica que se alejara de esa percepción de anarquía que la gente de afuera tiene sobre las cárceles. Los internos —por lo menos los Muchachos que aquí colaboraron— estaban totalmente conscientes de su necesidad de sobrevivir al caos, y de que ellos y sus clicas, cuyos miembros ellos mismos seleccionaban, eran los únicos que podían hacer que su situación fuese llevadera (“*Ahí la llevamos*”, me dijo más de uno), no sólo en su entorno individual sino también en su contexto próximo. Ellos descubrieron cómo hacer posible la vida a nivel personal, que de alguna manera impactaba también el bien colectivo, y que, además, había encontrado las formas de resistir, de repeler, o en casos extremos nada más de sobrevivir, las contingencias que desplegaba el Otro.

Para generar conocimiento, nuestra actividad principal fue hablar, a veces leer, y frecuentemente escribir. Hablábamos para escribir y hablábamos a partir de lo que escribíamos. En el mundo académico, se ha dicho mucho sobre la lectoescritura, principalmente sobre las deficiencias de la persona que lee o escribe. Hasta en la literatura más crítica y progresista, se habla de formas de contrarrestar la supuesta deficiencia del que intenta escribir, pero que no lo hace ‘correctamente’.¹⁶

¹⁶ Pennycook (2001).

En este libro, los Muchachos han demostrado que no hacía falta ‘aprender’ a escribir, desde Genaro, que tenía que platicar sus historias para que Bernardo las transcribiera, hasta Esteban, quien además de navegar entre diversos estilos y géneros, escribía ensayos de todo y para todos. Claro que había diferencias entre las formas de escribir de Bernardo y de Calixto. Sin embargo, sus pocos años de escolaridad, y su español como segunda lengua, no fueron obstáculos para que Calixto, el hablante de mixe, pudiera expresarse en los cientos de páginas que llenó de historias, reflexiones y poemas.

Por supuesto que sólo me estoy refiriendo a los Muchachos que decidieron formar parte de este proyecto. Los demás, a los que no les interesó el seminario, puede ser que hayan tenido serias deficiencias escritoras, o puede ser que no, pero, por otra parte, quizá pasar dos horas de cada dos semanas encerrados en un salón no haya sido su prioridad en la cárcel. O las dos cosas. No lo sé.

Lo que sí sé es que los Muchachos del seminario hicieron suyo el derecho de producir y ejercitar formas particulares de escritura que generalmente no se asocian con la clase socioeconómica a la que pertenecen, y que metódicamente les han negado los sistemas punitivos del estado y los esquemas preconcebidos de la sociedad en general, simplemente por ser hombres y mujeres recluidos en cárceles mexicanas.

¿Por qué se les ha negado? La respuesta tiene que ver con la historia de México que, de muchas maneras y niveles, quedó marcada por los tres siglos de colonialismo español. A partir de 1821 terminó formalmente la administración colonial, no así las formas de ser, pensar y hacer que en México se reprodujeron al contacto con la cultura occidental.

Esta práctica social se mantiene mediante un sistema de prejuicios y discriminaciones constantes en todo el país, pero principalmente en estados con alta presencia indígena, como Oaxaca. También es la explicación del porqué no se espera que la mayoría de los internos de Ixcotel escriban de la manera que lo han hecho en este libro, es decir, del porqué no se espera que produzcan conocimiento.

Para concluir...

Invitación a Ixcotel tiene muchas palabras de ellos y algunas mías. Sin embargo, al final yo tuve que tomar decisiones en cuanto a qué incluir y qué no, de qué manera hacerlo y por qué medio. Espero que todos los Muchachos hayan quedado representados cómo ellos querían. Acepto mi responsabilidad.

Estuve en medio. No fui de la cárcel, pero estuve en ella. Y hablé con los que sí estaban y me contaron. No puedo regresar, Ixcotel se acabó. Mi responsabilidad después de Ixcotel será hablar sobre lo que sé. La ironía es que por mucho tiempo pensé que lugares como Ixcotel no deberían existir. Pensé que estar en Ixcotel no podía ser peor y, sin embargo, sí lo es, ahora que la mayoría de los Muchachos viven la “mano dura” de la autoridad en Tanivet.

El cierre de Ixcotel representa la tendencia de acabar con lo poco humanitario que existía en el sistema penitenciario mexicano.¹⁷ La falta de recursos económicos, la poca o nula administración de servicios y la indiferencia de los recursos humanos asignados, hicieron de Ixcotel un lugar de convivencia forzosa en donde ellos tuvieron que encontrar formas de sobrevivir por sus propios medios, inventando reglas internas para no caer en el caos, asignando internos que cuidaran de la seguridad no sólo de ellos mismos, sino más importante, de su visita.

Los esfuerzos de los internos hicieron de Ixcotel un lugar en donde se podía convivir con la familia, y donde se tenía la posibilidad de pasar el día, aunque encarcelados, al aire libre. Las condiciones en las que viven ahora en Tanivet distan mucho de ser lo que fue Ixcotel. Qué ironía, añorar las indulgencias de una cárcel.

A pesar de todo, el libro aquí está, y con él la oportunidad de celebrar la humanidad, la creatividad y el arte, además de la generosidad y humildad de las personas extraordinarias que nos dejaron saber de sus vidas, nos regalaron sus palabras, nos embelesaron con su poesía, y nos compartieron sus experiencias, sus dudas, sus deseos y sus sueños. A mí sólo me queda darles las gracias por haberme dejado ser su testigo y escribiente.

¹⁷ El modelo de cárceles como Ixcotel está siendo reemplazado por cárceles privadas y/o certificadas que reprimen la actividad social y la convivencia entre los internos. Hernández Castillo (2014) denuncia esta tendencia al hablar de la certificación carcelaria a partir del 2007; Wacquant (2010) profundiza en el fenómeno “Complejo Industria-Prisión” y Muñoz y Sarre (2022) explican el fenómeno del extractivismo en las cárceles como una forma de “utilizar la privación de la libertad como oportunidad para explotar, al grado de exprimir, a las personas privadas de la libertad (personas-PPL) y a sus círculos cercanos, al igual que al erario, en beneficio de minorías en el poder o cercanas al poder”.

Referencias

Hernández Castillo, R. A., (2016), *Multiple Injustices: Indigenous Women, Law, and Political Struggle in Latin America*, Arizona: The University of Arizona Press.

Hernández Castillo, R. A., (2014), “Certificación carcelaria ¿nuevo embate del intervencionismo estadounidense?” En *La Jornada*, México.

Levinas E., (1963,2000), *La Huella del Otro*, Editorial Taurus, México.

Foucault, M., (1975/2002), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Bs.As.: Siglo XXI.

Muñoz, M.F. y M. Sarre, (2022), “El extractivismo en las prisiones mexicanas”, en *Nexos*, <https://eljuegodelacorte.nexos.com.mx/el-extractivismo-en-las-prisiones-mexicanas/>

Parrini, R., (2007), *Panópticos y Laberintos*, CDMX: El Colegio de México.

Pennycook, A., (2001), *Critical Applied Linguistics; A Critical Introduction*, London: Erlbaum Publishers.

SIPAZ, <https://www.sipaz.org/oaxaca-en-datos/>. (Consultado 16/04/2024).

Wacquant, L., (2010), *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.